

Los evangelios escarlata

Clive Barker

TRADUCCIÓN DE ÓSCAR MARISCAL



En *Los evangelios escarlata*, Clive Barker traslada al lector al más remoto rincón del infierno (la isla llamada Yapora Yariziac), donde dos de sus personajes más icónicos –Harry D’Amour (detective de lo oculto neoyorquino) y Pinhead (tentador de la Orden de la Incisión)– se enfrentarán en una lucha a muerte en la que se decidirá el destino del infierno, la Tierra y el cielo.

Tanto los devotos de Barker como los fans de *Hellraiser* hallarán en esta novela –ansiosamente esperada durante años– cuanto habían soñado y mucho más: acción y sangre a raudales, además del humor negro y las truculencias del Barker más salvaje e iconoclasta.

Ni los fanáticos ni los recién llegados se sentirán decepcionados con la historia épica y visionaria, aterradora y brillantemente compleja narrada en *Los evangelios escarlata*. El horror en estado puro de Barker hará que tus peores pesadillas parezcan cuentos infantiles.

Como dice el mismo Pinhead: «He aquí mis evangelios, ellos contienen mis hechos y mi doctrina revelada».

Para Mark; sin él, este libro no existiría.

Habiéndole preguntado uno de sus amigos cómo era el color escarlata, el ciego respondió:
«Era como el sonido de una trompeta».

JOHN LOCKE, *Ensayo sobre el entendimiento humano*

PRÓLOGO

Labor Diabolus

Revolvía mi cabello, aventando mis mejillas
como una brisa campestre en primavera:
se mezclaba extrañamente con mis miedos
y, sin embargo, se me antojó como una
bienvenida.

Samuel Taylor Coleridge, *Balada del viejo
marinero*

1

Después del largo silencio de la tumba, Joseph Ragowski dejó oír su voz, cuyo tono y sentimiento no hacían que sonara precisamente agradable.

–Bonita facha tenéis todos –dijo examinando a los cinco magos que lo habían despertado de su sueño sin sueños–. Parecéis espantajos salidos de una atracción de feria.

–Tú tampoco tienes muy buena cara, Joe –dijo Lili Saffro–. A tu embalsamador se le fue la mano con el colorete y el lápiz de ojos.

Con un gruñido, Ragowski se restregó una mejilla, retirando parte del maquillaje aplicado para ocultar la repugnante lividez que su violenta muerte dejara sobre él. Su cuerpo había sido embalsamado apresuradamente y, con similar precipitación, depositado en su repisa del mausoleo familiar en un cementerio a las afueras de Hamburgo.

–Imagino que no habréis montado este espectáculo sólo para darme golpes bajos –dijo Ragowski examinando la parafernalia que cubría el enlosado a su alrededor–. No obstante, estoy impresionado. Las operaciones necrománticas exigen que se cuide hasta el último detalle.

El ritual de N'guize –el empleado por los magos para resucitar a Ragowski– requería que huevos de paloma inmaculadamente blanca, en los que se hubiera inyectado una medida de sangre menárquica, se rompieran en once cuencos de alabastro colocados alrededor del cadáver, cada uno de ellos conteniendo, además, otros oscuros ingredientes. La pureza era la esencia de esta operación. Las aves no podían tener manchas, la sangre debía ser fresca, y los dos mil setecientos nueve números escritos con tiza negra –empezando bajo el anillo de cuencos y girando en espiral hasta el lugar donde yacía el cadáver–

habían de ocupar su lugar exacto, sin tachaduras, roturas o correcciones.

–Esto es obra tuya, ¿no es así, Elizabeth? –dijo Ragowski.

Elizabeth Kottlove era la más veterana de los cinco magos; una mujer que, no obstante su habilidad en ciertas operaciones de preservación mágica, complejas y sutiles de suyo, no conseguía evitar que su rostro pareciese el de alguien que había perdido el apetito y el sueño hacía décadas.

–Sí –respondió ella–. Necesitamos tu ayuda, Joey.

–Ha llovido mucho desde que dejaste de llamarme así –dijo Ragowski–. Lo que generalmente hacías cuando querías joderme. ¿Estás tratando de joderme ahora?

La Kottlove lanzó una rápida mirada a sus colegas magos –Lili Saffro, Yashar Heyadat, Arnold Poltash y Theodore Felixson–, constatando que las puyas de Ragowski les resultaban tan poco divertidas como a ella.

–Veo que la muerte no le ha quitado acidez a tu lengua –dijo ella.

–¡Hostia puta! –estalló Poltash–. ¡Ése ha sido el problema desde el principio! Lo que sea que hicimos o dejamos de hacer, lo que sea que tuvimos o no tuvimos..., nada de eso importa –sacudió la cabeza–. Cuando pienso en el tiempo que hemos desperdiciado compitiendo entre nosotros, cuando deberíamos haber unido fuerzas y trabajado juntos, me dan ganas de llorar.

–Llora tú si quieres –dijo Theodore Felixson–. Yo lucharé.

–Sí, ahórranos tus lloriqueos, Arnold –convino Lili. Ella era la única de los cinco nigromantes que estaba sentada, por la sencilla razón de que le faltaba la pierna izquierda–. Todos deseábamos poder cambiar las cosas...

–Lili, querida –dijo Ragowski–, no puedo menos de notar que no eres la mujer íntegra que fuiste. ¿Qué ha sido de tu pierna?

–En realidad tuve suerte –replicó ella–. Él... estuvo a punto de cogermé, Joseph.

–¿Él? ¿Quieres decir que no ha sido detenido?

–Somos una raza moribunda, Joseph –terció Poltash–. Una especie en peligro de extinción.

–¿Cuántos quedan de nuestro Círculo? –preguntó Joseph con una urgencia repentina en su voz.

Reinó el silencio mientras los cinco magos intercambiaban miradas vacilantes. Fue la Kottlove quien finalmente habló.

–Nosotros somos todo lo que queda –dijo ella, fija la vista en uno de los cuencos de alabastro y su sanguinolento contenido.

–¿Vosotros? ¿Cinco? No... –Todo el sarcasmo y la acidez habían desaparecido de la voz y la actitud de Ragowski. Ni siquiera la excesiva obra del tanatopráctor fue capaz de suavizar el horror de su expresión–. ¿Cuánto tiempo he estado muerto?

–Tres años –respondió la Kottlove.

–Tiene que ser una jodida broma. ¿Cómo es posible? –dijo Ragowski–. ¡Éramos doscientos setenta y uno, sólo en el Círculo Interno!

–Así es –convino Heyadat–. Y éstos son sólo aquellos que optaron por militar en nuestros círculos; no hay forma de saber a cuántos de fuera de ellos ha despachado él. ¿Cientos? ¿Miles?

–Y tampoco hay forma de saber lo que éstos poseían –añadió Lili Saffro–. De los nuestros teníamos una lista razonablemente completa...

–Pero ni siquiera ésta lo estaba –apostilló Poltash–. Todos tenemos nuestras posesiones secretas, yo el primero.

–Ah... Muy cierto –convino Felixson.

–Cinco... –murmuró Ragowski sacudiendo la cabeza–. ¿Y no pudisteis unir vuestras mentes y buscar alguna forma de detenerlo?

–Por eso nos tomamos la molestia de traerte de vuelta –dijo Heyadat–. A ninguno de nosotros nos apetecía la idea, te lo puedo asegurar. ¿Crees que no intentamos atrapar al bastardo? Lo hicimos por todos los medios, pero ese demonio es inteligente de cojones...

–Y cada vez se vuelve más inteligente –añadió la Kottlove–. En cierto modo, deberías sentirte halagado. Te despachó temprano porque sabía que eras el único capaz de unirnos a todos contra él.

–Y cuando te dio matarile, nos peleamos e intercambiamos reproches como colegiales –suspiró Poltash–. Fue eliminándonos uno a uno, moviéndose por todo el mundo para que nunca supiéramos dónde atacaría a continuación. Muchos sucumbieron sin que nadie se enterase. Lo descubríamos más tarde, generalmente pasados unos meses; a veces, incluso un año. Casi siempre, por casualidad. Tratabas de contactar con alguien y encontrabas que su casa había sido vendida o ardido hasta los cimientos o simplemente abandonada a la decadencia. Visité un par de lugares como éstos. ¿Recuerdas la casa de Brander en Bali? Fui allí. ¿Y la villa del doctor Biganzoli en las afueras de Roma? También fui allí. No había señales de saqueo. Los lugareños estaban demasiado asustados por lo que se decía de los dueños como para atreverse a entrar en cualquiera de las casas, aun a pesar de que era obvio que se hallaban deshabitadas.

–¿Qué encontraste allí? –preguntó Ragowski.

Poltash sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno antes de continuar. Le temblaban las manos, y la Kottlove lo ayudó a estabilizar la mano que sostenía el encendedor.

–No quedaba nada que tuviese algún valor mágico, ni siquiera el más trivial opúsculo blasfemo. Naturalmente, las ediciones urtext de Brander y los apócrifos vaticanos de Biganzoli habían desaparecido. Encontré los anaqueles vacíos. Era evidente que Brander había ofrecido resisten-

cia; la cocina estaba perdida de sangre, y todos los lugares que...

—¿Es preciso seguir insistiendo en lo mismo? —le interrumpió Heyadat—. Ya sabemos cómo acaban esas historias.

—Me habéis sacado a rastras de una muerte muy bienvenida para que os ayude a salvar vuestras almas —dijo Ragozwi—. Lo mínimo que podéis hacer es dejarme escuchar los hechos. Arnold, continúa.

—Bueno, la sangre era vieja. Estaba por todas partes, pero era obvio que llevaba seca bastantes meses.

—¿Ocurrió lo mismo con Biganzoli? —preguntó Ragozwi.

—La villa de Biganzoli permanecía intacta por fuera cuando la visité. Con las puertas y las contraventanas cerradas, como si el doctor estuviera de vacaciones en el extranjero..., aunque se hallaba en el interior. Lo encontré en su estudio. Él... ¡Mierda, Joseph, estaba colgado del techo con cadenas! Cadenas rematadas con garfios que habían atravesado su carne. Y el calor allí dentro era insoportable. Supuse que habría permanecido en aquel ambiente durante al menos seis meses. El cuerpo estaba totalmente deshidratado. La expresión de su rostro podría deberse a la forma en que la carne, al acecinarse, se había retraído alrededor de su boca, pero por Dios que parecía que hubiese muerto aullando.

Ragozwi estudió los rostros que tenía ante sí.

—¿De modo que mientras estabais entretenidos con vuestras pendencias por querindongas y querindongos, ese demonio saqueó las mentes de los magos más punteros del planeta y acabó luego con sus vidas?

—¿En pocas palabras? —preguntó Poltash—. Sí.

—¿Por qué? ¿Cuál es su intención? ¿Habéis descubierto eso al menos?

—La misma que la nuestra, suponemos —dijo Felixson—. Conseguir y mantener el poder. Él no sólo se ha llevado

nuestros tratados, pergaminos y grimorios, ha arramblado con todas las vestiduras, todos los talismanes, todos los amuletos...

–¡Silencio! –pidió Ragowski de repente–. Escuchad.

Reinó el silencio entre ellos durante un momento, al cabo del cual se oyó en la lejanía el fúnebre tañido de una campana.

–¡Oh, Dios mío, Dios mío! –exclamó Lili–. Es su campana.

El resucitado se echó a reír.

–Os ha encontrado.

2

De la compañía reunida –a excepción del una vez fallecido Ragowski– se elevó al instante una algarabía de oraciones, protestas y súplicas, de las cuales no se oyeron dos en la misma lengua.

–Gracias por el regalo de esta segunda vida, mis viejos amigos –dijo Ragowski–. Pocas personas han tenido el privilegio de morir dos veces y de hacerlo, además, por la mano del mismo verdugo.

Ragowski salió de su ataúd y, pateando el primero de los cuencos de alabastro, comenzó a abrirse paso alrededor del círculo nigromántico en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Los huevos rotos, la sangre menstrual y los demás ingredientes de los cuencos –todos ellos igualmente importantes en el ritual N’guize– se derramaron por el suelo. Uno de los cuencos rodó sobre su borde, describiendo velozmente una espiral antes de chocar contra una de las paredes del mausoleo.

–Eso ha sido una chiquillada –dijo la Kottlove.

–Dulce nombre de Jesús –exclamó Poltash–. El tañido de la campana es cada vez más fuerte.

–Hicimos las paces entre nosotros para obtener tu ayuda y protegernos mutuamente –gritó Felixson–. ¡Rendirnos no puede ser nuestra única opción! No lo aceptaré.

–Hicisteis las paces demasiado tarde –dijo Ragowski, machacando los cuencos rotos con un pie hasta hacerlos trizas–. Tal vez si fuerais cincuenta, poniendo en común todos vuestros conocimientos, podríais tener alguna oportunidad. Pero, tal como está la cosa, sois largamente superados en número.

–¿Superados en número? ¿Quieres decir que el demonio tiene servidores? –preguntó Heyadat.

–Buen Dios. ¿Es la niebla de la muerte o los años que han pasado? Honestamente, no os recordaba tan estúpi-

dos. El demonio ha absorbido el conocimiento de innumerables mentes. No necesita refuerzos. No existe ningún encantamiento capaz de detenerlo.

–¡No puede ser cierto! –gritó Felixson.

–Estoy seguro de que yo me habría mostrado igualmente desesperado hace tres años, pero eso fue antes de mi prematura muerte, hermano Theodore.

–¡Deberíamos dispersarnos! –propuso Heyadat–. Cada uno en una dirección diferente. Yo me dirigiré a París...

–No me estás escuchando, Yashar. Es demasiado tarde –dijo Ragowski–. No podéis esconderos de él. Yo soy la prueba.

–Tienes razón –admitió Heyadat–. París es demasiado obvio. Buscaré algún lugar más remoto...

Mientras Heyadat exponía nerviosamente sus planes, Elizabeth Kottlove, aparentemente resignada a la realidad de sus circunstancias, se tomó un tiempo para conversar con Ragowski.

–Al parecer hallaron tu cuerpo en el templo de Phe-mestrión. Se me antoja un lugar extraño para ti, Joseph. ¿Te llevó él allí?

Ragowski la miró un momento antes de responder.

–No. De hecho, era mi propio escondite. Hay un habitáculo detrás del altar. Minúsculo. Oscuro. Pensé que estaría a salvo allí.

–Y él te encontró de todos modos.

Ragowski asintió con la cabeza. Luego, tratando en vano de mantener su tono despreocupado, preguntó:

–¿Qué aspecto tenía?

–No estuve presente, pero todos coinciden en que tu aspecto era espantoso. Te dejó en tu escondrijo con sus garfios aún hincados en la carne.

–¿Le dijiste dónde guardabas todos tus manuscritos? –terció Poltash.

–Con un garfio dentro del culo y tirando del estómago hacia el colon no pude hacer otra cosa, Arnold. Chillé co-

mo una rata cogida en un ceпо. Entonces me dejó allí, con esa cadena destripándome lentamente; fue a mi casa y trajo de vuelta cuanto había escondido. Tenía tantas ganas de morir en ese momento que recuerdo que, literalmente, le rogué que me liquidara. Le di información que ni siquiera me pidió. Todo lo que quería era morir. Lo cual, finalmente, pude hacer. Y nunca me sentí más agradecido por nada en toda mi vida.

—¡Jesús lloró! —gritó Felixson—. ¡Miraos todos, escuchando como idiotas sus lloriqueos! Revivimos al hijo de puta para obtener algunas respuestas, no para oír sus jodidas historias de terror.

—¿Queréis respuestas? —rugió Ragowski—. Muy bien. Coged papel y lápiz y anotad la ubicación de cada grimoario, panfleto y artículo mágico que poseáis. Todo. Él conseguirá la información de todos modos, tarde o temprano. Tú, Lili, posees el único ejemplar conocido de Las atrocidades de Sanderegger, ¿no es así?

—Tal vez...

—¡Por todos los diablos, Lili! —dijo Poltash—. Está tratando de ayudarnos.

—Sí. Lo poseo —admitió Lili Saffron—. Está en una caja fuerte enterrada bajo el ataúd de mi madre.

—Escríbelo. La dirección del cementerio. La situación de la parcela. Dibuja un maldito croquis si es necesario. Pónselo fácil. Ojalá te devuelva el favor.

—No tengo papel —dijo Heyadat. El miedo hacía que su voz sonase chillona y juvenil—. ¡Que alguien me dé un papel!

—Toma —dijo Elizabeth, arrancando una hoja de una libreta de direcciones que sacó de un bolsillo.

Poltash escribía en un sobre, apoyándolo contra una de las paredes de mármol del mausoleo.

—No veo cómo esto podría evitar que hurgue en nuestros cerebros —dijo él sin dejar de garabatear furiosamente.